

# TORMENTA AZUL

Con una tormenta, así fue como todo comenzó, y ahora ni sé donde estoy, estoy tumbada, creo, no lo sé realmente. Tengo frío, y vagamente puedo escuchar unas voces, suenan lejanas, no entiendo lo que dicen.

Me siento extraña como si mi cuerpo me abandonara lentamente, me arde el estómago como si me quemaran con fuego, me cuesta respirar y no puedo pensar con claridad, los pensamientos me ahogan, como un mar agitado por un tornado, pero en una milésima de segundo dejé de sentir y pensar, como si cayera en un sueño profundo...

- No creo que sea la mejor opción Srta.... – dijo una voz de hombre.
- ¡Yo creo que sí! ¡exijo que me dejen verla, es mi hermana! – respondió una voz de mujer.

¿Qué demonios es eso, son gritos? ¿Hermana?, no entiendo nada de lo que hablan..., solo escucho un pitido cercano a mí, creo que está a mi derecha, no puedo concentrarme y averiguar que es con ese escándalo.

- Agf... - exclamé yo.

La cabeza me va a estallar, me retumban los pensamientos, veo una luz, quiero abrir los ojos, pero me pesan demasiado, ¿Qué hora es? Debe ser de día por la luz, poco a poco y con cuidado de la luz abro los ojos, recibiendo finalmente una gran iluminación de un ventanal que se expande frente a mí.

Intento analizar donde me encuentro pero unos brazos me rodean la cabeza y empiezo a sentir el calor de otro cuerpo además del mío. Unas lágrimas saladas llegan a mi mejilla, intento reconocer a quien me abraza pero no puedo, mantiene la cabeza gacha.

- Idiota..., eres una completa idiota... - me dijo ella.

Veo como una chica con unos ojos azules con gruesas lágrimas y una gran sonrisa en el rostro me mira, ¡es Elisa!, ¿Cómo no me di cuenta antes?, esa voz chillona, y esas rosadas mejillas, es inconfundible, pero, ¿Qué hacía yo aquí?, ¿qué había pasado?, no entendía nada y que Elisa me estrujara cada vez con más fuerza no ayudaba.

- ¿Dónde... dónde me encuentro? – pregunté algo aturdida.
- ¿No lo recuerdas? – me preguntó.
- No... - respondí.

Elisa me miró con una cara difícil de explicar, como si con la mirada me quisiera decir algo que no se puede expresar mediante palabras, tenía una cara inexpresiva, entreabrió los labios pero ni un solo sonido salió, simplemente

rompió en llanto una vez más, abalanzándose sobre mí, empezó a llorar como nunca.

- Srta. Smith, por favor debe abandonar la sala, debemos someter a su hermana a unas pruebas, luego le avisaremos cuando pueda volver, pero ahora debe abandonar la sala. – dijo el doctor.
- Claro... - dijo rendida.

Yo solo pude observar como Elisa se marchaba junto al doctor y a mí me estuvieron haciendo pruebas durante el resto de la mañana, según me dijeron, eran para comprobar que todo estuviera correctamente, mañana me darían los resultados.

Hoy es martes, llevo tres días desde que llegué aquí según Elisa. El doctor ya me dio los resultados de las pruebas, al parecer me estrellé con el coche mientras iba a casa de mi hermana.

- ¿Seguro que te encuentras bien? ¿No necesitas nada? – me preguntó por sexta vez.
- Si, tranquila, estoy perfectamente. – respondí.

Me miró no muy convencida y con cuidado cerró suavemente la puerta de la habitación y otra vez me quedé sola, en esa blanca habitación con olor a desinfectante.

La pobre llevaba todos estos días cuidando de mi, siempre que se lo permitían se pasaba un rato a estar conmigo y animarme, porque es cierto que estar en un hospital no es divertido. En ese momento el ruido de la puerta al ser golpeada captó mi atención.

- ¿Es usted la señorita Smith? – dijo un policía.
- Claro, ¿qué sucede? – dije sin entender que sucedía.
- Venimos por el accidente, ¿recuerda algo de lo que pasó aquel día? – dijo el mismo policía de antes.
- Algo sí, recuerdo que era un día de tormenta, y que estaba conduciendo cuando otro coche se cruzó y después de eso solo recuerdo despertar en esta sala. – dije intentando recordar lo sucedido.

El policía de la derecha del que me habló me mostró una foto de mi coche reventado junto a otro de un color verde, al parecer es el coche de la otra persona.

- Este es el coche de la otra persona, se llama Chelsea Woods, ¿la conoce usted de algo? – dijo el otro policía.
- No me suena de nada. – dije sinceramente.
- En ese caso nos iremos, espero que se recupere. – dijeron mientras se levantaban.

- Gracias. – dije finalmente.

Y así, los policías se fueron por donde entraron. Al paso del tiempo me aburría y en las noticias no decían nada interesante así que saqué un libro y me puse a leer. Cuando me quise dar cuenta ya era la hora de comer y la enfermera llegó con una bandeja repleta de comida cosa que agradezco dado que estoy hambrienta. El plato era simple, consistía en una ensalada de primero, una sopa de pescado y un yogur. No era la gran cosa pero estaba bueno. Cuando terminé de comer me llevaron a revisión.

Cuando salí de revisión ya casi era hora de que me acostara, así que me llevaron a mi habitación y me cerraron la puerta, a los minutos me dormí.

La luna brillaba, era un cuarto creciente, era pequeña, pero hermosa, el cielo se encontraba despejado, ni una sola nube o alteración al paisaje nocturno. No logro conciliar el sueño por eso estoy aquí sentada a un lado de la cama en la silla en la que se sienta Elisa cuando viene. Aunque ahora que lo pienso estar aquí sentada en vez de en la camilla es diferente es una sensación muy distinta.

Cuando me quise dar cuenta ya había amanecido y yo me había quedado dormida observando la luna, la persona que me despertó fue María la enfermera que se encargaba de que comiera bien todos los días y me ayudaba con todo lo demás; era bastante amable siempre me sonreía cuando pasaba por la puerta de mi habitación, y al parecer hoy había ocurrido algo bueno porque después de regañarme por haberme dormido en la silla me sonrió ampliamente y me dijo:

- Querida, ¿sabes de lo que me he enterado?! – me dijo con gran emoción.
- ¿Qué sucede?, me estas preocupando. – interrogué.
- ¡Te van a dar el alta mañana! – dijo con su sonrisa.
- ¡¿Enserio?! – exclamé.

Ella asintió y una profunda alegría me invadió, acompañada de una gran sorpresa, realmente no me lo esperaba, no podía para de sonreír. A los cinco minutos María, la enfermera, se marchó.

Al rato el doctor entró en la habitación acompañado de una ligera sonrisa, suponía que venía a decírmelo del alta.

- Señorita, me temo que debo decirle que mañana podrá abandonar el hospital, aunque creo que usted eso ya lo sabía, ¿no es así? - dijo acompañado de una pequeña risa.
- Si, muchas gracias doctor - dije sin poder evitar que una sonrisa se escapara de mis labios.

Con esas últimas palabras se marchó, y al rato con esperanza de que el día pasara con más rapidez, cerré los ojos y me dormí.

Desperté al rato, María me estaba llamando desde hacía ya un rato.

- ¡Por fin despiertas!, anda come que te estás quedando muy delgada y mañana tienes que estar guapa, ¡al fin te marchas!, ¿debes de estar muy contenta, no? – me dijo con su imborrable sonrisa.
- ¡Sí!, estoy muy emocionada por mañana, tengo ganas de volver a casa y poder ver a mi hermana y a mi gata.
- Pues cena y duerme ya verás como de contenta estará tu hermana de verte al fin sin tener que entrar aquí.
- Claro.

Y así fue como me terminé la comida y rápidamente me acosté, con ganas de que pasase rápidamente la noche y por fin poder ver a Chelsea, mi gata y a Elisa.

A la mañana siguiente me levanté temprano, desayuné y cuando terminé me encontré con la sorpresa de que Elisa había venido antes de lo previsto para ayudarme con la bolsa de la ropa y cosas para el aseo.

- ¿Lista para volver a casa? – me preguntó ella con una gran sonrisa.
- Claro que sí. – respondí.

Y así fue como salí a paso tranquilo de aquel hospital donde había pasado tanto malos como buenos momentos.